

# La vida y los sueños I

*ideele* escogió esta vez un ejercicio bastante exigente: que personas con distintos perfiles cuenten un sueño y propongan elementos de interpretación.

Sueños escuchados en un trabajo de campo o en un consultorio. Sueños sobre algún personaje histórico, episodio o época. Sueños contenidos en relatos religiosos. Sueños que aparezcan en la literatura, o relacionados con mitos o creencias. Sueños contados por personas en situaciones límites. O "simplemente" sueños de uno mismo.

Sería antinómico pretender sistematizar las respuestas, pero: 1) Contra nuestras previsiones, la mayoría de los invitados aceptó; confirmación de que todos soñamos. Pero, por eso, habrá "sueños 1", en esta edición, y en la siguiente vendrá "sueños 2" (por orden de llegada). 2) Los sueños se prestan para epígrafes, porque, como se observará, muchos textos tienen una cita previa; ahora, entendemos también por qué cuando pedimos alguna opinión política nadie la asocia con una buena cita. 3) La interpretación de los sueños solicitada por *ideele*, según carta de invitación, es notoriamente libre; por eso, las respuestas son heterogéneas, pero todas interesantes. Se agradece la colaboración.

## Los sueños, sueños son...

matilde ureta de  
caplansky

Psicoanalista SPP-IPA

**L**os sueños, esos productos maravillosos y a veces terroríficos que los humanos somos capaces de producir, inventar, organizar y vivir durante las noches mientras dormimos; y sí: se trata de sueños nocturnos... no de los diurnos.

Veamos en primer lugar una breve definición de sueño, actividad psíquica que se produce cuando el sujeto

duerme y que emana de lo reprimido. Lejos de desconocer o subestimar las concepciones eruditas o populares relativas a la significación de los sueños, el psicoanálisis ha hecho de ellos una de las más importantes vías de acceso al conocimiento del inconsciente.

En estos treinta y cinco años de experiencia clínica, es obvio que

he escuchado muchos sueños, pero tengo algunos "especiales": los sueños con piscinas. Mencionemos algunos.

Piscinas llenas de hojas otoñales, de personas, de frutas, de oro, de niños, de heces, de orines, de leche, de olas de mar, de tierra, de piedras preciosas, de pelotas, de sangre, de caramelos, de papas fritas, de esponjas, de



Balthus. Nu assoupi.

"Toda belleza duerme". Edgar. A. Poe.

globos, de leche condensada, de chocolate caliente, de plantas, de monedas...

Pero hay uno que siempre recuerdo con más claridad:

Una piscina llena de **café con leche** donde la persona nadaba de pecho mientras bebía lenta y placenteramente su café con leche con solo abrir los labios. Lo interesante fue

que mientras lo narraba revivía el placer y la fruición...

En este tipo de sueño no se pueden obviar conceptos como el de continente-contenido, ni el cómo los pacientes analíticos llegan en algún momento de su proceso a "meterse" en su "contenido interno" al sentir, probablemente, que están suficiente o razonablemente contenidos por el artefacto analítico.

Las variaciones de los contenidos varían según cada quien y de acuerdo con sus vivencias específicas y particulares, amén de las transferencias y contra-transferencias que caracterizan el proceso.

En *La interpretación de los sueños*, Sigmund Freud relacionó el contenido latente que subyacía a los sueños con la realización de los deseos. Esta

conceptualización lo condujo al desarrollo de algunas de las ideas más importantes de la teoría psicoanalítica. Otros autores han opinado que los sueños constituyen la expresión de intentos de solución de problemas —de elaboración y dominio de experiencias psíquicas traumáticas, tanto del presente cuanto de la infancia—. El soñar ha sido considerado también una modalidad de procesamiento de la información cuya finalidad sería la de facilitar la "metabolización" de los problemas emocionales.

El contenido del sueño manifiesto es el sueño tal y como es recordado por el sujeto, con sus imágenes asociadas, su lenguaje, sus elementos sensoriales y su afecto, así como sus aspectos formales específicos, que incluyen la división del sueño en secciones, los comentarios sobre este que tienen lugar en el sueño mismo, etcétera. Se considera que los sueños que transcurren en una misma noche o en un mismo periodo de sueño son parte de una secuencia con un pensamiento latente común; por ejemplo, la solución de un sueño puede llevar a otro problema en un segundo sueño, o un mismo conflicto puede ser abordado repetidamente a lo largo de la noche.

Los restos diurnos o estímulos desencadenantes del sueño consisten en el material reciente utilizado por este, como algunos elementos inocuos de la vida cotidiana, para la formación del sueño. Cuando, en un sueño, aparecen como intrascendentes unos acontecimientos, impresiones, percepciones, ideas y sentimientos de días anteriores,

puede asegurarse que han adquirido significación a través de sus conexiones inconscientes con pulsiones, deseos y conflictos infantiles profundamente reprimidos. El resto diurno se asocia con las pulsiones y los deseos infantiles inconscientes de naturaleza erótica y agresiva, deformando manifiestamente el impulso infantil que sirvió de motor al sueño. A esta deformación se le

suma un proceso de distorsión (que incluye la elaboración secundaria) llevado a cabo por la elaboración onírica.

El análisis de los sueños resulta así uno de los capítulos más valiosos y apasionantes de la tarea analítica, conducente al conocimiento del inconsciente. Y, por tanto, concordamos con Freud en que siguen siendo la *vía regia* del conocimiento de nosotros mismos. ■

"El sueño es poesía involuntaria". L. Heinrich von Jakob



# Entre los sueños y la realidad

edgardo rivera

Escritor

Cuando era niño, entre mis días más hermosos estaban los que pasaba con mi familia en la época de la cosecha de trigo, en una finca que teníamos a orillas del río Mantaro, muy cerca de

Ataura. Días de mañanas y tardes clarísimas. Las faenas, realizadas del modo tradicional, duraban casi una semana, en la que teníamos ocasión de alternar con nuestros aparceros, a cuya cabeza se hallaba un anciano sabio y amable al que yo guardaba un particular afecto; más aun porque nos alojaba con mucha solicitud en su casa, ya que la de nuestros abuelos se hallaba en ruinas, y porque don Alberto Mateo, que así se llamaba, practicaba un arte para mí sugerente y misterioso: el de tejedor.

Sí, a un lado del patio, en lo que llamamos "corredor", tenía un telar de madera muy antiguo, en el que tejía, sin apuro, esas mantas de lana para las mujeres que se llaman *wishcatas*. Unas con bandas de vivos y bellos colores, a las que daba forma con amor y paciencia. Se entregaba a esa labor a cualquier hora, dejando las tareas de la siega o de la trilla, sea porque lo fatigaban, sea porque, dada su edad y condición, podía hacerlo cuando le viniera en gana. A veces, entonces, iba yo a sentarme a un costado de él para contemplar cómo sus manos iban dando forma a esas prendas. En silencio, las más de las veces, y dejándose llevar por el rítmico ir y venir de la lanzadera, y tanto que, por momentos, el viejo señor cerraba los ojos, y así, dormido, proseguía con su tarea.

Intrigado, una de esas veces me animé a interrumpirlo: "¿Se ha

dormido, *taita* Alberto?". Él abrió los ojos, se volvió hacia mí y me respondió, en el claro lenguaje de nuestro valle: "Sí, niño". "Pero ¿cómo puede trabajar así?" "Será porque en sueños sigo también con los hilos y los colores, y me siento entonces aún más feliz que cuando lo hago completamente despierto." "Pero ¿no se distrae entonces? ¿No piensa en otras cosas?" "Sí, pero ellas no me impiden avanzar, porque se conciertan con lo que hacen mis manos." Y agregó, con una sonrisa: "Es que esta labor es para mí como música, como danza de nuestra tierra...".

Guardé silencio, asombrado, y después de unos minutos me retiré. Pero esa noche le conté a mi madre lo que me había dicho el anciano, y ella me dijo: "Sí, hijo, ojalá pudiéramos tener todos ese don de entretener la realidad con los sueños, sin que dejen de ser lo que son. Un don que *taita* Alberto sin duda tiene". Y como no le parecí muy convencido, agregó: "Los sueños pueden ser, si uno sabe abrir el espíritu y dejarse llevar por ellos, una experiencia creadora y gratísima". Palabras que, como las del campesino, se grabaron en mi mente. Y tanto que, ya de adulto, he tenido la suerte de comprobar, en no pocas ocasiones, que cuando uno ama de verdad lo que hace, se pueden enhebrar con facilidad sueños y realidad, a la manera de una música, como la que creía escuchar aquel tejedor de mi tierra, toda de paz y felicidad... ■



Jerry Ueismann. Mensajeros del alma.

# Un sueño bengalí para jueces, legisladores, juristas y abogados

roberto madean

Jurista

**E**l sueño de Rabindranath Tagore, que aparece en un poema que por lo breve podría pasar desapercibido en una comunidad atolondrada y confundida por los escándalos, consiste apenas de tres versos cortos, que dicen:

*Soñé que la vida era gozo.*

*Al despertar descubrí que la vida era servicio.*

*Serví, y me di cuenta de que servir era el gozo.*

Lo que tendríamos que preguntar para entender la supuesta vinculación del sueño del poema con la justicia en un país —el Perú, por ejemplo— es: ¿qué gozo o placer puede sentir un juez en medio de presiones, protestas, acusaciones, influencias o amenazas como porción diaria de su trabajo?

Aunque a muchos puedan parecerles absurdas, las quizá desapercibidas respuestas podrían ser: la sobrevaluada ilusión de autoridad y de ejercer un monopolio para la solución de controversias; el sufrir el espejismo de gozar de un poder inmenso; y la sensación epidérmica tibia, pero agradable y a veces hasta placentera, de ser buscado, visitado, invitado y llamado repetidamente por personas importantes, famosas, influyentes, de las que aparecen en diarios, revistas y televisión. O el ser asediados, con cortesía y

respeto, por las mentes jurídicas más brillantes e ilustradas de la nación, con una familiaridad académica e intelectual encantadora.

Se trata, metafóricamente, del equivalente cívico de la mejor sensualidad refinada que las burocracias sin inspiración o ambiciones pueden ofrecer con decoro, decencia y honestidad. Es tan poco reconocible, por falta de capacitación adecuada para ello, que cuando llegamos a darnos cuenta de que hemos caído en el pozo y estamos con el agua al cuello, ya hemos contraído la infecciosa vanidad profesional que en culturas autoritarias preocupa, porque de ella pueden depender y estar en juego la tranquilidad pública, la libertad y hasta nuestra propia vida.

¿Y lo demás? El despertar que se menciona en el segundo verso consiste en asumir la responsabilidad de encarar de frente y mirar directamente a los ojos con el desafío limpio, leal y valiente necesario para descubrir el verdadero significado del sueño de gozo frente a la realidad de estadísticas que no dejan sino el más estrecho margen para interpretar lo que está frente a nosotros con una sola posible solución pacífica.

La insospechadamente breve y sencilla realidad consiste hoy en que alrededor de dos terceras partes del PBI y de la fuerza

laboral en el país se generan y desempeñan honesta y productivamente en abierta violación de leyes obligatorias y, en consecuencia, están fuera de la justicia oficial y formal. Igual ocurre —como promedio— con el resto de la población: dentro de las variaciones cíclicas, los porcentajes más elevados de vigencia real y efectiva de nuestras leyes no llegan al 50 por ciento de esta, y la grieta entre ley y realidad crece en alarmante proporción, en una época a la que podríamos denominar la de "La justicia en los tiempos de la indiferencia, el escepticismo y el miedo".

La única solución viable es priorizar un servicio con impactos simples, pero cuantificables, en la cotidianidad doméstica de la vida ordinaria. En eso consiste el "despertar" del segundo verso, que para muchos que lo viven puede, a primera impresión, resultar desilusionante y hasta desalentador como sustituto de la teóricamente inmensa autoridad y la imponente majestad de la justicia.

Otra pregunta queda colgada del último árbol del verano que tiene todavía algunas hojas: ¿cómo puede, para una persona normal y corriente, convertirse en gozo anónimo el esfuerzo inútil, el sacrificio incomprendido, las privaciones no compensadas y la ingratitud inolvidable de la comunidad?



"Por la noche vemos vagar libremente los topes salvajes y los lobos que la razón diurna tenía encadenados". Jean Paul

La respuesta está en el estrecho tugurio cultural interior que nos hemos construido —a fuerza de prejuicios propios, de ambigüedades no explicadas que no hemos pedido que nos aclaren o de sustitutos que no hemos cuestionado— y en el que nos hemos encerrado a piedra y lodo, contra todo cuestionamiento, pedido de explicaciones o fundamentos; y que, aun cuando muy semejante por su apariencia a la realidad, es fácilmente distinguible de ella, porque en lugar de resultados produce indiferencias, incredulidades,

escepticismos y, finalmente, miedo y tristeza íntimos de vivir. No nos lleva a ninguna otra parte que no sean los consabidos y predecibles: "esto no lo compone nadie ni en doscientos años", "este es un país de mediocres en el que no se puede hacer nada", "este es un pueblo sin cultura", etcétera.

Pero esos y otros monstruos parecidos solo están dentro de nosotros, porque oímos pero no escuchamos, miramos pero no vemos, sabemos pero no enten-

demo. Porque podría, a lo mejor, ser cierto el dicho popular de que el diablo sabe más por viejo que por diablo. Pero su conocimiento aumentaría mucho más allá de lo imaginado, hasta la sabiduría, si en lugar —o además— de viejo y diablo, fuera un enamorado cualquiera, ya que el servicio no es sino la expresión jurídica, cívica, política, económica y administrativa del amor en serio y para siempre: en la prosperidad y en la pobreza, en la salud y la enfermedad.

Nuestra insensibilidad, entumecimiento, ceguera y sordera son la causa psicosomática de nuestra impotencia para el amor jurídico y cívico, que se manifiesta, por ejemplo, en el concebir las leyes como mazmorras del pensamiento en lugar de como herramientas o instrumentos para desarrollarlo. O en el entendimiento por jueces y abogados experimentados de "la realidad de la justicia" —en la posibilidad más honesta y respetable de todas— como circunscrita a las hojas de los expedientes, sin pensar en lo que ocurre antes, después o fuera de ellos, donde están los mayores y más estimulantes problemas. Y para los brillantes y respetados juristas, con demasiada frecuencia la verdad está en los peñascos de las peligrosas alturas de las abstracciones en las que el oxígeno es escaso y el aire enrarecido, lo que transforma la frescura y belleza de la vida que palpita con fuerza detrás de las leyes, expedientes y abstracciones, en aliento irrespirable por la ausencia de amor y de alegría.

En un país como el Perú, ese —el del servicio cuantificable y concreto— es el camino que los sueños prometieron a nuestras ansias. El resto es "solo perseguir el viento". ■

# Los sueños desde la perspectiva bíblica

guillermo bronstein

Rabino

*Dedicado a mi amiga y colega Margit O. de Baumatz, quien con su habitual generosidad y cariño me facilitó datos fundamentales para la elaboración del presente trabajo.*

Mi primer conocimiento sobre la interpretación de los sueños lo obtuve de un amigo cuyo tío era *quiniero*: se ocupaba de levantar apuestas (ilegales, pero, por lo mismo, aceptadas por casi todos) entre los vecinos para jugarle a algunos números; si estos eran favorecidos, ganaba un premio acorde con la proporción entre lo apostado en general, lo jugado por los ganadores y las comisiones que los levantadores de apuestas se reservaban para ellos (que no era nimia, por cierto...).

Pues bien: el tío me decía que si había soñado con una hermosa joven, le jugase al 15; que si, en cambio, había observado en el sueño patos, el número elegido debía ser el 22, etcétera. El sistema se llamaba la *Smorfia* y, según me dijo mi amigo, provenía de Sicilia. En mi infancia llegué a creer que entender los sueños era patrimonio exclusivo de los inmigrantes italianos.

Pero, y aunque nos pueda parecer increíble, la Biblia se había adelantado a los simpáticos sicilianos. Ya en el texto

sagrado se diferencia entre el sueño (soñar, no dormir), las impresiones semioníricas que ocurren en la semivigilia y el soñar por inducción.

En el *Génesis*, capítulo 15, Abraham es inducido a tomar una breve siesta por Dios. Durante esta modorra no solo no alcanza a descansar, sino que despierta habiéndose establecido un pacto entre Dios y él.

Dios advierte a Miriam y a Aarón que solo hablará cara a cara con Moisés (hermano menor de ambos, ¡qué herejía antipatriarcal!). Con ellos, como con todos los profetas en el futuro, la divinidad se habrá de revelar en "una visión o le hablará en un sueño" (*Números 12: 6*).

Salomón tuvo la suerte de que, durante el sueño, Dios le ofreciese un regalo. Poder, riquezas, sabiduría. El joven rey escoge esta última; y es recompensado

con los tres dones. ¿Cuántos de nosotros no hemos soñado con tener al menos un sueño similar y poder escoger lo que creemos lo acertado?

Daniel, profeta cuyo libro fue ubicado por los sabios del Talmud fuera de los textos proféticos, fue un Freud *avant la lettre*, y no solo porque sueña con



las cuatro bestias —una con cuatro cabezas, otra con pies de hombre, otra con alas, etcétera—: lo destacable del sueño de Daniel para los psicoanalistas es que el profeta se despierta, lo relata y lo escribe, tal como lo hiciera el padre del psicoanálisis dos milenios más tarde (véase *Daniel*, capítulo 7).

Todavía esperamos el merecido homenaje que la Sociedad Peruana de Psicoanálisis le debe a Daniel, a secas, el primer autoanalizado. Y el primero que nos dejó un registro por escrito del sueño, del relato del sueño y del análisis del sueño —tenden-

cioso, por cierto, pero no por ello menos valioso—.

Jacob no dudó en salir de campamento para soñar: se durmió en las afueras de un sitio llamado Luz. A falta de goma espuma o de gansos a mano dispuestos a donar sus plumas al patriarca, tomó una piedra del lugar para descansar la cabeza. (¿Habría logrado reposar la mollera sobre la dura superficie?) Ahí se le reveló que desde ese lugar los ángeles de Dios subían y bajaban por una escalera plantada entre la tierra y el cielo.

Ante tamaña revelación, Jacob no pudo menos que instaurar una costumbre bíblica: le cambió el nombre al lugar. Veinte años después fue su nombre el modificado, y pasó a llamarse Israel. Y Luz empezó a ser llamada Bet El, que —modestamente, habrá pensado el nieto de Abraham, cuyo nombre también había cambiado, pues antes se llamaba Abram— significa la Casa de Dios.

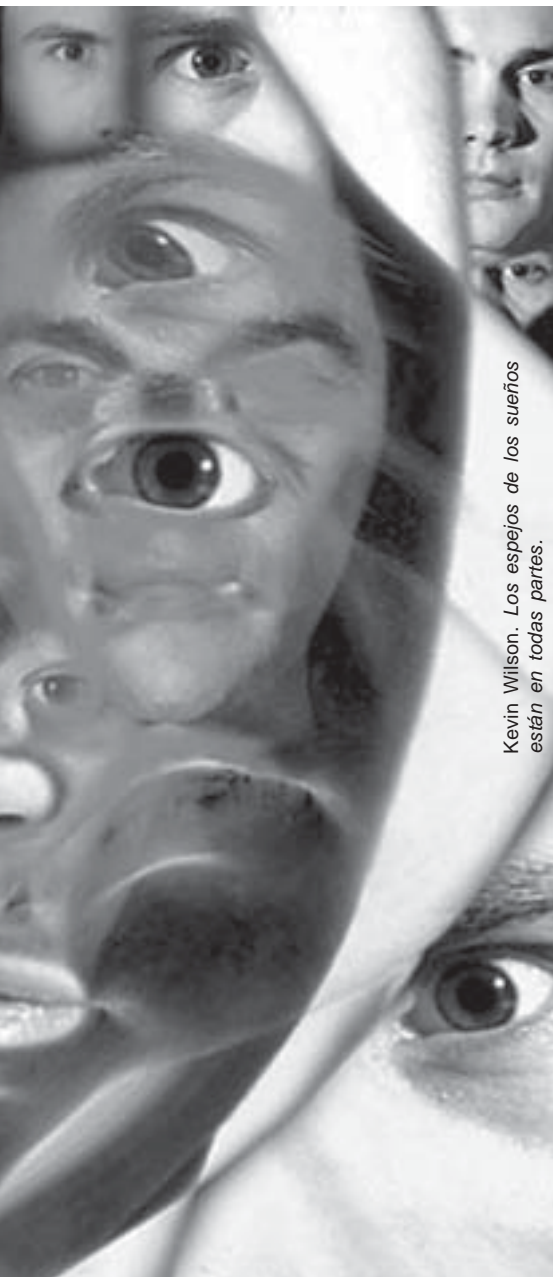
Los estudiosos modernos de los textos hebreos antiguos llaman "relato etiológico" a esta preocupación bíblica por saber cómo se llamaban los lugares y las personas antes de llamarse como se los llama en el momento que se relata la historia, y al ansia por saber por qué razón algo es como es, está donde está o se llama como se llama.

La tarea de Jacob tuvo sus frutos: José, su hijo preferido entre otros doce, no necesitó ni salir a acampar ni cambiarse el nombre para verse como una gavilla enhiesta (¿símbolo fálico, señores doctores?) y como un astro reluciente entre estrellas menores. Cuestión de cartel, diría un actor.

En resumen, lo cierto es que Luciano Caro dice en su artículo "Los sueños en la Biblia", publicado en la revista argentina *Davar* hace ya décadas: "[...] los sueños se expresan [...] con enigmas. Contienen señales sobre el porvenir expresadas de manera oscura a través de un simbolismo bastante rico [...] de modo que para interpretarlos hace falta la mediación de alguien [...] inteligente y sabio [...] al modo de José (en su desciframiento de los sueños del Faraón)".

Si me preguntasen cuál de estos relatos representa más fielmente el ideal del sueño judío, respondería, sin dudar, aunque es evidente que esa pregunta parte de una premisa inexistente, que el sueño de Jacob. El patriarca llegó a la vigilia solo, triste y abandonado, para parafrasear al tango. Pero confió su esperanza de futuro a una almohada hecha de piedra. Dos décadas después cruzó de nuevo el Jordán rico, pleno de realizaciones personales y familiares. Pero al rezar le dijo a Dios: "Katonti": me siento pequeño ante tanta bondad con que me has favorecido.

A lo largo de la historia, el judío debió estar preparado para dejar la tierra en la que había habitado, abandonar a sus padres, salir sin bienes y dormir sobre almohadas de piedra; a soñar encima de una cama que fue una realidad dura, que golpea. Aun así, veinte o cincuenta años después, siglos más tarde, y sin importar cuánto podamos haber progresado material o familiarmente, decimos katon-ti: aún tengo la capacidad de sentirme pequeño ante la grandeza del Creador. ■



Kevin Wilson. Los espejos de los sueños están en todas partes.

*En la noche verdaderamente oscura del alma siempre son las tres de la mañana*

F. Scott Fitzgerald

Corrió escaleras arriba hasta la cúpula del teatro, donde habían colocado un tabladillo de madera sobre los frisos de tal forma que quedaba suspendido sobre el vacío circular. Los espectadores se sentaban sobre el suelo del tabladillo para mirar la función, pero antes de sentarse ella pensó en las astillas. Todo tabladillo de madera tiene astillas, y una de ellas podría entrar en su piel, en las nalgas, en la piernas, como cuando tenía seis años y una astilla se quedó para siempre dentro de su muslo izquierdo. Y recordó: "De tal palo, tal astilla".

Pero después cambió el temor a las astillas por el temor a la altura: dos por uno, pensó. Se fijó en las rendijas del tabladillo: estaban suspendidos muy alto, verdaderamente alto; se trataba de la cúpula de un teatro muy elegante, antiguo, dorado, las paredes empapeladas en raso y los muebles pintados de pandeoro. Sintió vértigo.

En ese mismo instante logró ver entre las cabezas de los

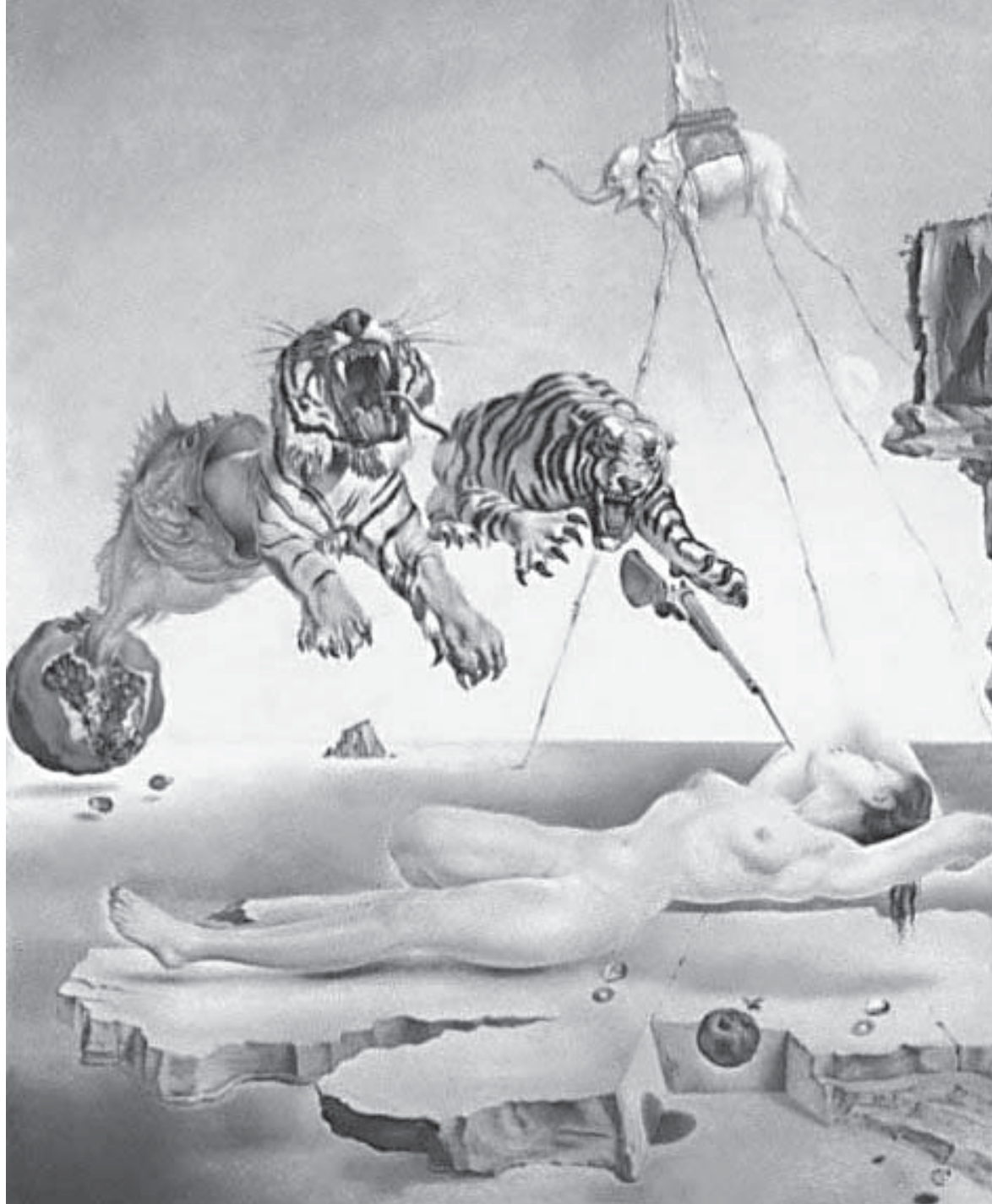
espectadores la de su padre. Era su padre sin duda alguna: las canas sobre una melena bastante considerable para tratarse de un hombre de su edad. Volvió a sentir vértigo y quiso llamarlo, pero de su boca no salía ni el más mínimo ruido; movía las mandíbulas, pero no podía articular sonido alguno. Su padre iba a marcharse porque se paró y le echó una mirada displicente al espectador. Ella entonces intentó de nuevo hablar, pero solo pudo decir: "Los árboles no te dejan ver el árbol y solo ves el bosque". Entonces pensó que estaba diciendo el refrán al revés, aunque no tenía sentido. Pero en los sueños, ¿qué tiene sentido?

Su padre se marchó sin llegar a divisarla entre los espectadores que empezaban a aplaudir. Cada aplauso era una arenga política. El patrón no comerá más de tu pobreza. Su padre se iba alejando; ella ya solo podía ver un resplandor detrás de su camisa. Cuando iba a pararse para perseguirlo, vio a un hombre sobre el estrado vestido con un traje negro y lentes. En el aire se escuchaban himnos de guerra. Las personas aplaudían cada vez con más fervor y los que habían tomado el estrado hacían un campo para que este hombre, alto y barbado, hablara. Si no

hay solución, la huelga continúa. El hombre portaba una bandera negra y roja; luego de agitar la bandera un buen rato, gritó. Todos callaron. Ella se levantó del tabladillo para verlo mejor, pero de pronto todos sintieron que el piso se movía, las tablas se abrían, los clavos se desgajaban, la madera empezaba a crepitar fuertemente, y ella vio a su padre debajo, sobre las columnas del teatro, junto a la guardia de asalto y un segundo más tarde vio a todos caer en el vacío estrellándose contra el piso de mármol de la platea.

Se sobresaltó. Tosió varias veces mientras se cubría con las sábanas. Estiró la mano y no sintió el cuerpo de T., sino solo un calor tibio junto a la almohada. Quiso llamarlo, pero su voz estaba apagada. Se incorporó torpemente sobre la cama, hizo la sábana a un lado, estiró los pies y miró lentamente las uñas de sus dedos. Pero los dedos se movían por su cuenta sin hacer caso de su voluntad. Revisó los dedos del pie, con la mano, uno por uno, sintiendo un extraño vahído mientras estiraba las falanges que se movían más allá de sus ganas, caprichosas, formando círculos en el aire. Luego se levantó de la cama para buscarlo. Caminó lentamente por la casa y silbó varias veces.

El silbido retumbaba como un estruendo.



Salvador Dalí. Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar.

"Los días están hechos para descansar de nuestras noches; es decir, las ensoñaciones del día lúcido están hechas para que descansemos de nuestros sueños nocturnos". George Sand

Todo estaba a oscuras. No se le ocurrió prender las luces, porque conocía de memoria el lugar, el sitio de los muebles, de la mesa. Así que fue a tientas por el pasillo hacia la sala y en ese camino tropezó con una silla. Se sintió cansada y se sentó en la silla; inmediatamente pensó que era estúpido sentarse en una silla si podía regresar de inmediato a su cama, acurrucarse entre las cobijas y volverse a dormir.

Pero se acordó de T. y se paró de nuevo para buscarlo. Estuvo a tientas caminando por toda la casa hasta que decidió salir al patio, y allí se dio de bruces con el cuerpo tendido de T. con un boquete en el pecho y la sangre agrietando la piel. Ella gritó por instinto pero no porque quisiera gritar.

Se ahoga y tose muchas veces. Abre los ojos porque no soporta la funda de las almoha-

das empapadas de sudor; T. sigue dormido, desnudo, exánime, respirando con la boca abierta y exhalando soplos helados que le salían de los labios en forma de 'o', totalmente ajeno a la agonía de su sueño. No era de noche sino de madrugada. Una cierta luz tenue que llega de un poste invade los contornos de la cama y del largo y flexible cuerpo del hombre. Ella se levanta y camina descalza hacia la noche. ■

# Despertarse para dentro

## leslie marko

Teatro-Educadora

*Não sou nada.*

*Nunca serei nada.*

*Não posso querer ser nada.*

*À parte isso, tenho em mim todos os sonhos do mundo.*

Fernando Pessoa, poeta português (1888-1935)

Tantas son las películas e historias que terminan con un "entonces se despertó aliviado percibiendo que todo no pasaba de ser un sueño"...

Cuántas veces sentimos alivio porque nos despertamos luego de un sueño angustiante y alejamos de nosotros imágenes indeseables o tan interesantes que nos asustan. Al mismo tiempo, y en tiempos diferentes, abrazamos el alivio porque justamente podemos soñar proyectando algunas ilusiones que nos salvan del acomodamiento y la inercia a los que nos atamos muchas veces en vida. El sueño, en fin, aparece desafiando la finitud y dibujándole tal vez alternativas a la muerte.



Leonora Carrington. *Samain*.

"Esa vida fantástica que constituye la mitad de la nuestra: la vida del hombre dormido". Charles Nodier

Otra modalidad es el "sueño que acabó" y el "sueño que no acabó". El de los *hippies* y el de los movimientos de las poblaciones politizadas entre las décadas de 1960 y 1980. El sueño con esperanza de días mejores para llegar a una sociedad más justa y humanizada. Este mismo sueño masacrado y enterrado golpe a golpe y sin versos.

Sumergidos en la era posmoderna, encuadrados en un retrato que amenaza ser vacío; fragmentados y demasiado individualizados y sin proyectos políticos coherentes, se nos fue rompiendo la imagen de lo

colectivo y de lo comunitario; el sueño de una vida compartida. Permanece la fe, aunque empujada de desilusión. Pero la esperanza es huella de la existencia, es polvo que se levanta al andar, es camino y es estrella. A pesar de cometa y de fugaz.

Mientras escribía, desperté un tanto. Decidí así continuar soñando, todos los sueños del mundo... posibles de soñarse.

Como escribió el poeta brasileño Mario Quintana (1906-1994), "soñar es despertarse para dentro". ■

# El sueño de Carolina

dianora  
contra maestre

Educadora, especialista en  
niños oncológicos

**C**arolina salió a medias de su letargo. Su frente y su cuello estaban cubiertos de sudor, pero cuando me tomó la mano la sentí fría. Tenía urgencia por contar su sueño, y sus palabras, entrecortadas, se tropezaban unas con otras. Me pareció entender que en medio de su somnolencia tuvo conciencia de estar soñando, pero todo le parecía más verosímil que cualquier realidad. El dolor de su costado derecho, que ahora regresaba, se había escapado de su cuerpo en el sueño como una emanación. El dolor se había transformado en la atmósfera misma del cuarto, que tampoco era un cuarto sino muchas habitaciones y espacios abiertos. Soñó con luces brillantes, con uniformes blancos que pasaban volando a su lado y que solo podía entrever de reojo. Un doctor con una gran mascarilla, más grande que su propia cabeza, gritaba dando órdenes. De pronto se volvió hacia ella y le introdujo un gran tubo en la boca. Tuvo miedo, se sintió muy sola y percibió que Jorge, quien vive entubado desde hace años, estaba por ahí cerca, en una cama vecina que no alcanzaba a vislumbrar.

Sentía un fuerte jadeo, dentro y fuera de su pecho. No podía distinguir si era su propio corazón resoplando o una máquina de respirar. Se sentía ahogada y al mismo tiempo liviana y liberada.

De pronto se elevó y pudo ver su propio cuerpo en la camilla mientras flotaba, grácil, como una pompa de jabón. Siguió subiendo, cada vez más. Era una dulce sensación. Miró hacia abajo y vio a sus dos hermanas menores, Camila y Javiera, jugando en un parque, tranquilas, felices... siguió ascendiendo, perdiéndose en la distancia como esos globos que se escapan de las manos y ya no regresan.

Entonces dudó. ¿Qué hago? ¿Vuelvo o no? Mamá y papá me van a echar de menos, pero a la larga comprenderán que es mejor para mí y que aunque me vaya voy a permanecer con ellos. Camila será la primera en darse cuenta de que me he ido pero me he quedado para siempre. Javiera es muy pequeña para comprenderlo. Camila algún día le explicará.

Decidió seguir. Supo que era tiempo de partir y se despidió, aleteando... Siguió subiendo, ligera como una mariposa, cada vez más alto... De pronto sintió la urgencia de volver: tenía que cuidar a sus hermanas. Le costó regresar pero finalmente y con mucho esfuerzo, consiguió despertar.

Me dijo que tenía que contarme esto, porque si no nunca se sabría, y me pidió que le dijera a Jorge que ella había pensado en él.

Unos días después de narrarme su sueño, Carolina se sumió en un sopor profundo. Una noche, ya tarde, trabajaba en mi casa, y percibí como un pensamiento que se desliza, un movimiento tenue como una sombra, un leve ruido seco en medio del silencio.

Lejos, en el hospital, las máquinas se estaban deteniendo, las voces se acallaban, el movimiento de su pecho cesaba. Carolina comenzaba a elevarse, ligera como una mariposa, cada vez más alto... ■